

Los transgénicos llegan tarde al

TLCAN

/Greenpeace México

A mediados de año se reunieron en Guadalajara, Jalisco, por invitación de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA), funcionarios de agricultura de los gobiernos de los tres países que conforman el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), Canadá, Estados Unidos y México. Junto con biotecnólogos y representantes de la industria agrobiotecnológica, los responsables de la política agrícola de estos países hablaron sobre los supuestos beneficios que acarrearía la siembra de cultivos transgénicos a nuestro país. No deja de llamar la atención que los únicos invitados a este foro, para hablar sobre tales beneficios, fueron exclusivamente los sectores beneficiados con esta tecnología.

Entre aullidos de coyote

Jalisco, junto con Sinaloa, es uno de los estados de la República Mexicana más importantes en lo que se refiere a producción agrícola. Por esta razón, Guadalajara fue electa como sede del Primer Foro Trinacional Sobre Biotecnología en la Agricultura organizado por la SAGARPA, el gobierno del estado de Jalisco y la Asociación Mexicana de Secretarios de Desarrollo Agropecuario (AMSDA).

Con el fin de "homologar conceptos y contar con conocimientos veraces, elementos contrastados y fundamentos básicos desmitificados para que podamos opinar y decidir sobre estos temas de trascendencia", además de "aprovechar las potencialidades para el intercambio ágil y óptimo de acciones experimentales, comerciales, gubernamentales, etcétera." fueron invitados los funcionarios de agricultura de dos de los principales países productores de cultivos transgénicos, Estados Unidos y Canadá (68 y 7% de la superficie sembrada con transgénicos en el mundo, respectivamente) y los de México, que junto con Australia y España entre otros países, tiene el 1% de la superficie sembrada con este tipo de cultivos.

Este artículo fue elaborado por Héctor Magallón, coordinador de la campaña de consumidores de Greenpeace México.

Para este fin, también fueron invitados los representantes de Monsanto, Dupont, Syngenta, Aventis y Savia, las cinco principales y casi las únicas empresas que producen semillas transgénicas en el mundo. Por último, se invitó a los científicos de los tres países responsables de desarrollar esta tecnología, los biotecnólogos, que en su mayoría desarrollan sus investigaciones con fondos que en parte provienen de estas empresas... si no es que trabajan directamente para ellas. ¿La audiencia? Sólo mediante invitación expresa asistieron, para escuchar y tomar nota, los secretarios de desarrollo agropecuario de los estados de la República Mexicana.

De esta forma, los países pertenecientes al TLCAN se reunieron para discutir y ponerse de acuerdo sobre uno de los temas que quedaron fuera del acuerdo comercial y que desde 1996, dos años después de la entrada en vigor de dicho tratado, ha tomado relevancia económica: los cultivos modificados genéticamente o cultivos transgénicos.

A pesar de la relevancia del tema, se excluyó del foro a los productores de maíz, frijol, papa, jitomate y otros cultivos, que son los que utilizarán esta nueva tecnología que hasta ahora promete, según sus promotores y sin que se haya probado que así sea, aumentar la productividad de los cultivos y disminuir la utilización de agroquími-

cos. Sólo la industria agrobiotecnológica pudo dar su punto de vista sobre los beneficios económicos que representan estos cultivos supuestamente milagrosos.

Dado que se trata de una tecnología que sin duda afecta al ambiente, a los productores y a los consumidores, el análisis y la evaluación de los riesgos y beneficios que ésta ofrece requiere tomar en cuenta el punto de vista de la sociedad entera, así como de toda la comunidad académica y no sólo de una rama de la ciencia.

Para discutir a fondo las implicaciones de los cultivos modificados genéticamente para nuestro país y tomar la mejor decisión es preciso considerar la opinión de sociólogos, ecólogos, antropólogos, médicos y nutriólogos y no sólo de los ingenieros moleculares que han modificado genéticamente los cultivos, como ocurrió en este foro, ya que si bien los biotecnólogos conocen en detalle los procesos mediante los cuales se insertan los nuevos genes para realizar las modificaciones, desconocen las interacciones que estos nuevos organismos tienen con el entorno una vez liberados al ambiente, los procesos sociales y culturales en los que se insertan, así como los efectos sobre la salud de las personas que los consumen.

Tampoco se invitó a los legisladores, encargados de elaborar y completar el marco jurídico en materia de bioseguridad hasta ahora incipiente en nuestro país y de crear una ley que haga obligatorio el etiquetado de los productos elaborados con los cultivos transgénicos para permitir a las y los consumidores elegir si los compran o no. Asimismo, los organizadores no consideraron relevante la asistencia de las autoridades de salud y medio ambiente.

Mucho menos les pareció importante a la SAGARPA, a la AMSDA y al gobierno de Jalisco la participación de la sociedad civil. No hubo representantes de las organizaciones ambientalistas ni de consumidores, que son quienes finalmente se van a alimentar de estos cultivos.

A pesar de que la siembra de cultivos modificados genéticamente en México afectará, para bien o para mal, a toda la sociedad y por lo tanto es un tema que se debe discutir involucrándola totalmente, los organizadores de este foro excluyeron a la mayoría de los sectores. Si uno es ingenuo se puede llegar a pensar que las autoridades de agricultura de nuestro país todavía no entienden que ésta es una decisión que corresponde al pueblo de México y no solamente a unos cuantos que se benefician con la utilización de esta tecnología. Pero si uno no es ingenuo, puede suponer, con sobrada evidencia, que estas autoridades están promoviendo esta tecnología como parte de un modelo económico-social-agrícola encaminado a acrecentar -más- la fuerza de las corporacio-

nes multinacionales que ya hoy en día están por encima de numerosos derechos ciudadanos.

Aun así, más parece que por un afán de darle legitimidad al foro que por un verdadero interés de escuchar sus opiniones, la única organización con un punto de vista crítico ante los cultivos transgénicos que fue invitada a participar fue Greenpeace. Desde 1999, la organización ambientalista ha llamado la atención sobre las posibles consecuencias de utilizar cultivos modificados genéticamente en México, que es uno de los tres centros de origen de cultivos que existen en el mundo (los otros dos son el norte de China y Medio Oriente).

Al clausurar el Primer Foro Trinacional sobre Biotecnología en la Agricultura, el secretario de Agricultura, Javier Usabiaga, compartió sus reflexiones acerca de los llamados de atención que hizo la organización ambientalista sobre las posibles consecuencias ambientales, de salud y sociales que pueden tener la siembra y liberación al ambiente de organismos genéticamente modificados (OGM) en nuestro país: la llegada de la biotecnología no se puede detener por "unos cuantos aullidos de coyotes".

No se apure: éste es sólo el primero de muchos foros

Pero esta historia, aunque sorprendente, no es nueva. Desde la creación de la Comisión Intersecretarial de Bioseguridad y Organismos Genéticamente Modificados (CIBIOGEM) a finales de 1999, con la encomienda de evaluar la utilización de OGM en nuestro país para proponer medidas que los regulen, el organismo reconoció la necesidad de impulsar el debate amplio y nacional sobre el tema.

Siendo una entidad intersectorial que agrupa a la SAGARPA, a la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT), a la Secretaría de Salud, a la Secretaría de Educación Pública, a la Secretaría de Hacienda y a la Secretaría de Economía, la CIBIOGEM debe considerar los distintos enfoques de los sectores que estas dependencias representan al evaluar los impactos de la utilización de OGM en México.

Desafortunadamente, no pasó mucho tiempo antes de que quedara claro que la Comisión no funcionaría así. Luego de llevar más de un año de formada, la primera acción de importancia que tomó la CIBIOGEM, con la intención de iniciar el tan esperado debate, fue la realización del Primer Foro sobre Biotecnología y Bioseguridad en la Agricultura Mexicana.

El evento tuvo lugar el 15 y 16 de enero de 2001, esta vez en la Ciudad de México. El entonces secretario ejecutivo de la CIBIOGEM, Víctor Manuel Villalobos, que ya

para esas fechas había sido nombrado además subsecretario de Agricultura, mostró claramente cuál era su idea sobre el rol que debía jugar la Comisión a su cargo: dar un papel predominante a la Secretaría para la cual ahora trabaja dentro de la Comisión y promover la siembra de cultivos transgénicos en nuestro país en lugar de actuar como un organismo imparcial en el que se escucharan todos los puntos de vista para tomar la decisión más conveniente para nuestro país.

Para la realización del evento, Villalobos decidió apoyarse en los recursos humanos y económicos de la industria agrobiotecnológica a través de AgroBio, asociación civil fundada a principios del año 2000 y que representa a Monsanto, Syngenta, Aventis, Dupont y Savia en nuestro país.

AgroBio, en acuerdo con el secretario ejecutivo de la CIBIOGEM, decidió que este primer foro debía realizarse en el Club de Industriales de México y que tendría como objetivo emitir recomendaciones sobre la materia a la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación. Para emitir tales recomendaciones se invitó exclusivamente a los representantes de las industrias alimenticia y agrobiotecnológica, a las autoridades de agricultura y a los biotecnólogos.

A pesar de que la CIBIOGEM había expresado su intención de organizar un foro que incluyera a todos los sectores involucrados en la discusión sobre los OGM en nuestro país, tales como "agroindustriales, investigadores, académicos, productores, grupos no gubernamentales, miembros de la sociedad y representantes del gobierno", en el inicio del debate sobre los cultivos transgénicos en nuestro país se excluyó a legisladores, sociólogos, ecólogos, antropólogos, nutriólogos, médicos, productores de maíz, papa, jitomate y otros cultivos, organizaciones ambientalistas y de consumidores, así como a la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT), cuyos puntos de vista deben ser escuchados y tomados en cuenta para la toma de decisiones relacionadas con los organismos transgénicos.

Al parecer, Villalobos y AgroBio no consideraron necesaria la presencia de los sociólogos ya que para exponer sobre los impactos socioeconómicos de los OGM fue invitado Pedro Bosch Guha, miembro de Pulsar Internacional, SA de cv al que pertenece Savia, la principal empresa de semillas transgénicas para hortalizas del mundo (la sexta en semillas transgénicas en general) y cuyas acciones actualmente se encuentran en su nivel histórico más bajo obligando a su dueño, Alfonso Romo, a considerar vender alguna de sus empresas (incluyendo las principales subsidiarias de Savia, Seminis y

Bionova) para poder liquidar sus deudas que ascienden a 700 millones de dólares.

Asimismo, el doctor Eduardo Pérez Pico, de la transnacional Monsanto, habló sobre las estrategias para el manejo de riesgos al ambiente por la liberación de OGM, por lo que se pudo prescindir de los ecólogos, algunos de los cuales han manifestado recientemente su preocupación por la liberación de organismos transgénicos en México. A principios de julio de este año, el coordinador del Instituto de Ecología de la UNAM campus Morelia, Miguel Martínez, hizo un llamado a nombre de diversos académicos y organizaciones no gubernamentales (ONG) para que "existan acciones en contra del desarrollo del mejoramiento genético a través de la biotecnología".

Resulta preocupante que la CIBIOGEM considere solamente la opinión de Monsanto en materia de manejo de riesgos al ambiente por la liberación de OGM, ya que esta empresa ha dejado clara su postura al respecto. En marzo de este año un juez de Canadá sentenció a un campesino de ese país, Percy Schmeiser, a pagar a Monsanto más de 85 mil dólares sobre sus ganancias desde 1998 por concepto de regalías y multas por sembrar sin contrato cañóla transgénica producida por esa empresa.

Schmeiser no había comprado ni sembrado nunca las semillas de Monsanto; sembró sus propias semillas, las cuales habían sido contaminadas con el polen de la cañóla transgénica que siembran sus vecinos agricultores. A pesar de esto, Monsanto demandó a Schmeiser haciéndolo responsable por la contaminación que sufrieron sus semillas y que no podía haber evitado ni tenía forma de saber que ocurriría. El juez, al fallar en contra del agricultor, libró a la transnacional biotecnológica de cualquier responsabilidad por los daños que puedan causar sus productos sobre el ambiente. ¿Pretende Monsanto hacer pagar a los campesinos mexicanos en caso de que el maíz criollo originario de nuestro país se contamine con genes del maíz transgénico resistente a insectos que esta empresa produce o por cualquier otro daño al ambiente que produzcan sus semillas modificadas genéticamente?

Como representantes de la sociedad civil asistieron al foro Mark Andersen de la American Soybean Association (Sociedad Americana de la Soya), que promueve la utilización de soya transgénica en el mundo y AgroBio México, AC, la cual expuso sobre la percepción pública de los OGM e hizo las consideraciones finales del foro. La organización Greenpeace fue invitada a asistir sólo para escuchar, ya que no se le dio la oportunidad de exponer sus argumentos en contra de la utilización de OGM.

Durante la apertura del foro, Villalobos, titular de la

Comisión que debe tener un papel imparcial y considerar todos los puntos de vista para la toma de decisiones en lo que se refiere a la utilización de OGM en nuestro país, se dedicó a resaltar los beneficios que traería a México la siembra de cultivos transgénicos.

Por su parte, los biotecnólogos explicaron dónde, a su parecer, se podía sembrar maíz transgénico sin que se contaminaran las variedades criollas y silvestres de este grano, ello sin considerar que la sociedad mexicana ni siquiera ha decidido si es conveniente utilizar este tipo de cultivos. De igual manera, los académicos y miembros de la industria hablaron sobre la necesidad de eliminar el uso de la palabra "transgénico" (termino científico inventado por los biotecnólogos) ya que, según ellos, ya tiene connotaciones negativas y en su lugar proponían utilizar "organismos mejorados genéticamente" u "organismos genéticamente purificados".

Cuando Greenpeace protestó por la forma en se había organizado el Primer Foro sobre Biotecnología y Bioseguridad en la Agricultura Mexicana, al cual sólo se podía asistir mediante invitación expresa de los organizadores, el secretario ejecutivo de la CIBIOGEM respondió que éste era sólo el primero de muchos foros y que en los siguientes sí se pensaba invitar a los demás sectores de la sociedad.

Sin embargo, al organizar el Primer Foro Trinacional Sobre Biotecnología en la Agricultura, Víctor Manuel Villalobos, ahora como subsecretario de Agricultura, formó parte del comité organizador del mismo, en Guadalajara, y perdió la oportunidad de mostrar una mayor apertura. ¿Se deberá esto al hecho de que éste también fue sólo el primero de muchos foros trinacionales que habrá en el futuro?

¿Homologar criterios u homologar países?

La realización de estos foros muestra claramente las intenciones del secretario de Agricultura, Javier Usabiaga, quien apoyado por el ahora subsecretario de Agricultura, Víctor Villalobos, pretende implantar en México una agricultura basada en las semillas transgénicas y el uso de agroquímicos que sólo beneficia a las pocas empresas transnacionales que venden a la vez las semillas y los insumos agrícolas.

Las declaraciones del secretario de Agricultura en el sentido de que en México no se debería sembrar maíz debido a que no es lo suficientemente rentable y a que nuestro vecino del norte produce maíz más barato, confirman sus intenciones de imponer un modelo de agricultura que no sólo hace a los campesinos dependientes

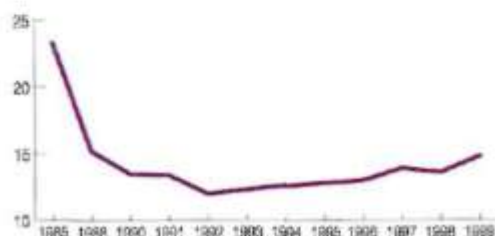
Consumo de drogas ilícitas El mayor consumidor del mundo

La persistencia del consumo

Estados Unidos alcanzó en 1979 el máximo consumo histórico de drogas ilegales con 25 millones de casos declarados. Veinte años después, en 1999 continúa siendo el primer consumidor mundial con 14.8 millones de usuarios en todo el país. Se estima que por cada consumidor de cualquier droga en México, existen 7 en Estados Unidos.

Millones de usuarios de cualquier droga ilícita en Estados Unidos

(1983-1999 en años seleccionados)



Fuente: Department of Health and Human Services, National Household Survey on Drug Abuse, United States Substance Abuse and Mental Health Services Administration, 1999.

Características del consumo

La marihuana es la droga más utilizada en Estados Unidos. Uno de cada 20 estadounidenses la consume frecuentemente (13.9 millones). En segundo lugar, la droga de mayor consumo es la heroína con 3.8 millones de usuarios (1.4%). La tercer droga más popular es la cocaína, con casi 2 millones de consumidores (0.7%). Además Estados Unidos mantiene al mayor número de personas en tratamiento por abuso de esta droga (222,000 casos).

Porcentaje de la población total que consume los principales tipos de droga, 1999



Fuente: Department of Health and Human Services, National Household Survey on Drug Abuse, United States Substance Abuse and Mental Health Services Administration, 1999.

de la industria agrobiotecnológica para la compra de semillas e insumos como plaguicidas y fertilizantes, sino que además hace a nuestro país dependiente para la compra de alimentos, poniendo en riesgo la seguridad alimentaria de las mexicanas y los mexicanos en lugar de que la SACARPA, que tiene como función última garantizar nuestra alimentación, tome medidas para asegurar la producción de alimentos suficientes y al alcance de toda la población.

Estas declaraciones también muestran una profunda ignorancia sobre la historia, la cultura y la realidad de nuestro país, lo que se ve reflejado en los objetivos del Primer Foro Trinacional sobre Biotecnología en la Agricultura. Siendo Estados Unidos y Canadá tan diferentes a México en tantos aspectos, llama la atención que el foro organizado por la SAGARPA en Guadalajara tuviera como objetivo homologar conceptos para la siembra de cultivos genéticamente modificados.

Una de las diferencias más notables entre nuestro país y nuestros socios del norte tiene que ver con uno de los recursos que se encuentran más amenazados por la liberación al ambiente de OGM, los recursos biológicos.

A diferencia de Canadá y Estados Unidos, México es un país megadiverso. Gran parte de la diversidad biológica del planeta, y por tanto de los recursos genéticos, se encuentra concentrada en una veintena de países entre los que se encuentra el nuestro. Es esta biodiversidad, que reside principalmente en países pobres del sur, la que hace posible la existencia de vida en nuestro planeta manteniendo el equilibrio en los ecosistemas y haciendo posible que la evolución siga su paso.

Además, la diversidad biológica nos ha permitido tratar enfermedades desde el surgimiento de la humanidad. Actualmente, 40% de los medicamentos que fabrican las grandes empresas farmacéuticas provienen de plantas, la mayoría de las cuales han sido utilizadas por indígenas desde hace cientos o miles de años.

Las empresas que fabrican estos medicamentos se adueñan de los conocimientos de los habitantes de las regiones en las que crecen estas plantas para saber qué propiedades benéficas pueden tener. Una vez identificadas las potencialidades de una planta, las industrias farmacéuticas las patentan, en su totalidad o sólo un gene, para posteriormente desarrollar medicamentos que con seguridad les reportarán ganancias millonadas.

Por esta razón, actualmente la diversidad biológica y genética no sólo tiene un valor intrínseco ya que hace posible la existencia de vida en el planeta (incluyendo la nuestra), sino que ahora tiene un valor económico enorme. Por medio de la ingeniería genética, los recursos

genéticos tienen aplicaciones desde la industria farmacéutica hasta la minería, pasando por la producción de alimentos, por lo que se han convertido en uno de los recursos más valiosos en el planeta, económicamente hablando.

Sin embargo, este beneficio económico se queda únicamente en las empresas transnacionales que patentan los recursos genéticos. Las comunidades de donde provienen estos recursos no reciben ningún beneficio a cambio de su conocimiento o por haber incluso desarrollado, durante miles de años, las variedades de plantas que ahora patentan las agroindustrias.

Este es el caso del frijol Mayocoba. En 1994 el norteamericano Larry Proctor de la empresa POD-NERS compró en México semillas de frijol de esta variedad que los agricultores del norte del país habían sembrado y exportado a Estados Unidos desde varios años antes. Dos años más tarde, Proctor presentó una solicitud para patentar los frijoles en su país exigiendo el monopolio para su comercialización.

En abril de 1999, Proctor obtuvo la patente bajo el nombre de "Enola" y de inmediato inició juicios contra las dos empresas que desde hace tiempo comercializaban el grano en Estados Unidos, alegando que violaban sus derechos de propiedad. Esto significó la pérdida del 90% de las ganancias de los productores de frijol mexicanos ya que los importadores dejaron de comprar cualquier variedad de frijol de nuestro país por miedo a violar la patente de POD-NERS.

Pero más significativo que su importancia económica resulta el hecho de que es la diversidad biológica la que nos permite alimentarnos y ha hecho posible incrementar la producción de alimentos incluso a un ritmo mayor del que ha ido aumentando la población mundial. Es la diversidad biológica de los cultivos la que ha permitido a la humanidad, durante miles de años, hacer cruza de diferentes razas y variedades de un mismo cultivo para obtener mejores cosechas que se adapten a un determinado lugar para aumentar su producción.

Así, la diversidad biológica de los cultivos está relacionada con las condiciones geográficas, climáticas y ecológicas donde se han desarrollado, así como con los usos que la gente les ha querido dar dependiendo de sus gustos y necesidades, por lo que esta diversidad de los cultivos está estrechamente ligada con la diversidad cultural de la humanidad. Esto es especialmente cierto en nuestro país que es centro de origen de un gran número de cultivos como frijol, papa, jitomate, yuca y, por supuesto, el maíz.

La utilización de cultivos transgénicos y la liberación

al ambiente de OGM en general pone en riesgo la diversidad biológica y genética.

Son bien conocidos los efectos devastadores que puede tener la introducción de un organismo en un ecosistema en el que no existía. Los organismos genéticamente modificados son nuevos en todo el planeta y por tanto su liberación al ambiente -es decir, su introducción a los ecosistemas- debe hacerse con la total seguridad de que no tendrán efectos negativos. Esto no ha ocurrido así. Con el afán de recuperar las millonarias inversiones que han permitido desarrollar este tipo de tecnología, las empresas agrobiotecnológicas han promovido y comercializado los cultivos transgénicos basándose, en el mejor de los casos, en estudios limitados sobre los impactos que estos OGM pueden tener en el ambiente.

Por ejemplo, se desconocen si los genes introducidos a los cultivos transgénicos pueden incorporarse a la información genética de los microorganismos del suelo una vez que los granos son cosechados y las raíces son dejadas en la tierra para su descomposición, y qué efectos puede tener esto. También se desconocen los efectos de las plantas modificadas genéticamente para producir su propio insecticida sobre insectos que no son considerados plagas y que incluso son benéficos para los cultivos.

No es casual que se desconozcan estos efectos ya que, al contrario de lo que las empresas biotecnológicas afirman, no se han hecho los estudios suficientes para conocerlos y muy probablemente la ciencia ni siquiera cuenta con las herramientas necesarias para entender las relaciones complejas entre los organismos y el resto del ecosistema, no digamos los OGM.

Sin embargo, por lo que se conoce es posible prever que de sembrarse maíz transgénico en nuestro país se cruzaría con las variedades de maíz criollo y silvestre (teocintle) contaminándolas con los genes insertados a las variedades modificadas genéticamente. Esta contaminación puede llevar a la extinción de algunas variedades de maíz.

Si se siembra maíz transgénico resistente a insectos en zonas donde crecen variedades silvestres de maíz, ambas variedades se cruzarán entre sí y la descendencia del teocintle producirá el insecticida haciéndose resistente a insectos también. Esta nueva característica le conferirá al teocintle una ventaja competitiva sobre otras variedades de maíz u otras especies de plantas, por lo que puede llegar a desplazarlas llevándolas a la extinción, poniendo en peligro la diversidad genética.

Así, resulta irónico pensar que la ingeniería genética pone en grave riesgo la misma razón de su existencia: los recursos genéticos.

Al contrario de México, Canadá y Estados Unidos no son países megadiversos. El único cultivo originario de Estados Unidos es el girasol, del que hasta la fecha no se plantan variedades transgénicas de manera comercial. A pesar de que nuestros socios del norte argumentan que han sembrado cultivos modificados genéticamente desde 1996 sin que se hayan registrado efectos negativos sobre el medio ambiente, las características ambientales tan diferentes a las de nuestro país hacen imposible extrapolar las experiencias en esos países para homologar conceptos como se propuso en el foro de Guadalajara.

El gobierno de Estados Unidos reconoce el peligro de sembrar variedades transgénicas en regiones donde hay variedades silvestres de ese cultivo, lo que lo ha llevado a prohibir la siembra de variedades de algodón modificadas genéticamente en Hawai y Florida ya que en esos estados existen variedades silvestres de este cultivo.

Pero no sólo existen diferencias ambientales entre nuestro país y nuestros socios del TLCAN. Las realidades sociales de los campesinos mexicanos y de Canadá y Estados Unidos saltan a simple vista.

Sin duda el modelo agrícola dominante en la actualidad basado en el monocultivo y en la utilización de un gran número de insumos, como fertilizantes, herbicidas y plaguicidas, ha sido desarrollado respondiendo a las realidades de los países ricos del norte donde los agricultores tienen un mayor poder adquisitivo o cuentan con un gran número de subsidios que les permite acceder a estas tecnologías sin necesidad de endeudarse o con la garantía de recuperar su inversión. La biotecnología y los cultivos transgénicos no hacen más que continuar con este modelo agrícola, con la diferencia de que ahora los agricultores deben pagar regalías por utilizar las nuevas semillas y deben comprometerse a comprarlas año con año.

Por esta razón, los cultivos transgénicos son parte de un modelo de desarrollo excluyente ya que en nuestro país sólo pueden ser utilizados en áreas determinadas y sólo son accesibles a los productores con mayores recursos económicos. Es por esto que no se entiende que se excluya a los campesinos mexicanos, quienes no cuentan con los apoyos a la producción con los que cuentan los agricultores en Estados Unidos y Canadá y que por tanto no pueden competir con los granos importados producidos en esos países, de los foros donde se discute la utilización de cultivos transgénicos en nuestro país.

Estas diferencias sociales también hacen muy difícil extrapolar los supuestos beneficios que han tenido los agricultores de Canadá y Estados Unidos con la realidad de los agricultores mexicanos. Pero además, existe evidencia reciente que pone en tela de juicio estos beneficios.

De acuerdo con un reporte independiente del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, en mayo de este año fue dado a conocer que uno de los principales argumentos de la industria agrobiotecnológica en favor de los cultivos modificados genéticamente, que asegura que la soya transgénica requería menos herbicidas que las variedades convencionales, fue puesto seriamente en duda.

El estudio, realizado por el doctor Charles Benbrook del Northwest Science and Environmental Policy Center de Estados Unidos, determinó que la soya Round Up Ready resistente a herbicidas de Monsanto utiliza en promedio 11.4% más herbicida que las variedades de soya convencionales. En algunos casos este aumento llega a ser de hasta 30 por ciento.

Además, el reporte advierte que varios tipos de malezas ya están desarrollando resistencia al glifosato, el principio activo del herbicida Round Up producido por Monsanto. Como consecuencia de esto, los granjeros deben utilizar mayores cantidades del herbicida para compensar su pérdida de eficacia.

Por otro lado, estudios realizados por diferentes universidades demuestran que la soya transgénica de Monsanto rinde entre 5 y 10 por ciento menos que variedades convencionales de soya similares.

Estos estudios cuestionan severamente los argumentos de la industria agrobiotecnológica en el sentido de que con las semillas transgénicas se beneficiaría por un lado el ambiente, ya que se utilizarían menores cantidades de agroquímicos, y por el otro representaría un ahorro para los agricultores, dado que gastarían menos en herbicida además de que ganarían más por las mayores cosechas que prometían estas semillas.

Varias preguntas surgen de esta información. ¿Es deseable promover en México un sistema de desarrollo agrícola excluyente que hará a los productores que pueden acceder a él más dependientes de la industria agrobiotecnológica para la compra de semillas y los insumos necesarios para su producción endeudándolos aún más por la contratación de créditos para su compra? ¿Qué opción le resta a los campesinos que quedan al margen de esta tecnología? ¿Acentuará esta política del secretario de Agricultura la crisis del campo que ha comenzado a hacer explosión en los últimos meses? ¿Quiénes son los verdaderos beneficiarios de esta tecnología?

Pero la pregunta más importante sin duda y que debió ocupar el espacio más amplio dentro de la discusión tanto en el foro de la CIBIOGEM como en el de Guadalajara es: ¿la biotecnología resulta la única opción de desarrollo del campo mexicano? Al excluir a

la mayoría de la sociedad de la discusión sobre la utilización de los cultivos modificados genéticamente en nuestro país, se dejan de lado opciones de producción y desarrollo agrícola viables, seguras para el ambiente y las consumidoras y los consumidores y al alcance de todos los campesinos mexicanos, como los métodos de producción orgánica, agroecológica o tradicionales.

Tener una actitud abierta e incluyente en la discusión sobre la utilización de cultivos transgénicos en nuestro país sería la única postura congruente con lo que Vicente Fox declaró a Greenpeace cuando todavía era candidato a la Presidencia:

"El desarrollo de la ingeniería genética y de la biotecnología encuentra su plena justificación cuando son puestos al servicio de las mejores causas de la humanidad, en términos del desarrollo social y económico... El gobierno de la Alianza por el Cambio establecerá mecanismos transparentes de información pública y reafirmará el derecho de la nación a restringir o negar la importación de cualquier producto que tenga la posibilidad de que estas mercancías representen un peligro para la población y el patrimonio natural, debido a las condiciones bajo las cuales fueron producidas. No se trata de un problema de comercio internacional, sino de un problema de regulación ambiental, por tanto, reitero mi compromiso de impulsar legislación en la materia que controle, regule y norme las actividades de experimentación, comercialización, consumo y liberación de los OGM en territorio nacional... Sin información y sin una legislación apropiada, los productos transgénicos pueden representar una amenaza. Es necesario que al aplicar cualquier política que incida en el medio ambiente, se difunda la información que sustenta la decisión del gobierno, en donde se valoren los beneficios y posibles riesgos en la aplicación de la misma. El gobierno federal no ha informado ni ha buscado que la población conozca si existen beneficios y si ellos representan algún riesgo para el ambiente y/o la población. En mi gobierno, no habrá espacio para la duda, siempre se hablará con la verdad y se tomarán las decisiones que beneficien la población con su conocimiento y participación, sin poner en riesgo el patrimonio natural de los mexicanos... Reiteramos nuestra decisión de impulsar legislación en la materia que controle, regule y norme las actividades de experimentación, comercialización, consumo y liberación de los OGM en territorio nacional"

Para mayor información o si desea apoyar a Greenpeace, favor de comunicarse al 5696-9659 o visitar la página www.greenpea-ce.org.mx.